

D. 13 del tiempo ordinario / B

El domingo 13 del tiempo ordinario está enmarcado por dos grandes celebraciones del santoral: el miércoles precedente (24 de junio) celebramos el nacimiento de san Juan Bautista y el lunes posterior (29 de junio) la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Ambas celebraciones deberían tener eco en la eucaristía de este domingo ya que al coincidir la dos con día laborable pasan desapercibidas a muchos de nuestros fieles. Y no es apropiado que el más grande de los nacidos de mujer, la roca sobre la que Cristo edificó su Iglesia y el gran apóstol de los gentiles caigan en el olvido. Además, en la fiesta de san Pedro y san Pablo se pone el punto final al año jubilar paulino que ha centrado la atención de la Iglesia los meses precedentes.

La divinidad de Jesús, al igual que el domingo pasado, sigue siendo el tema de fondo del evangelio. La semana anterior veíamos a Jesús que dominaba las fuerzas cósmicas: el viento y el mar. Hoy es la enfermedad y la muerte las que aparecen bajo su señorío. Podríamos optar por la tercera fórmula del acto penitencial y elaborar sus tres aclamaciones con esas ideas evangélicas junto con el rebajamiento de Cristo del que nos habla san Pablo en la segunda lectura: *Tú, que siendo rico te hiciste pobre para enriquecernos con tu pobreza ... Tú, que sanas nuestras enfermedades ... Tú, que nos libras de la muerte.*

*** FE EN JESÚS**

Los dos milagros que ocupan el evangelio de hoy manifiestan la fe de sus protagonistas. Tanto Jairo como la mujer que sufría flujos de sangre están convencidos de que Jesús puede solucionar sus males: la muerte de su hija, el primero; su enfermedad, la segunda. Tienen fe en Jesús. El mismo Cristo alabará la fe de la mujer: *Hija, tu fe te ha curado.* Y a Jairo le pide que tenga fe: *No temas; basta que tengas fe.* Ambos miran, por tanto, a Jesús más allá de su aspecto humano-terrenal. Ven en él al Hijo de Dios.

También nosotros podríamos examinar nuestra fe, podríamos preguntarnos por nuestra fe. Vivimos en un tiempo científico-técnico donde sólo lo demostrable y empírico es valorado. En cambio la fe se mueve en otro horizonte: creer en otro, confiar en su palabra... Dejando de lado nuestras seguridades, nos ponemos en las manos de otro. Antiguamente oíamos hablar de la providencia divina, los fieles confiaban en la preocupación paternal de Dios por ellos. Ahora en cambio deseamos tener todo bajo control y no nos creemos que Dios está continuamente pendiente de sus hijos. Alimentemos, pues, nuestra fe. Dejemos de lado nuestras ansias de dominio de las situaciones que vivimos

y creamos con todas nuestras fuerzas en Jesús, el Hijo de Dios, que nos ofrece una vida en plenitud.

* CREADOS PARA LA INMORTALIDAD

Dios creó al hombre para la inmortalidad, nos dice el libro de la Sabiduría en la primera lectura. El destino del ser humano es vivir. Sin embargo, la muerte es una realidad de toda existencia. La finitud del hombre y su limitación, que se expresan en la enfermedad, llegan al extremo en la muerte.

Ahora bien, Jesús supera tanto la enfermedad como la muerte. Ambas realidades son dominadas por él en el evangelio que hoy proclamamos. Más aún, la muerte fue vencida para siempre por su pasión y su cruz. Y con todos nosotros ha compartido su triunfo. La inmortalidad late desde entonces en nuestros corazones. Podríamos utilizar el prefacio II o IV del tiempo ordinario que nos transmiten esta idea: *resucitando nos dio vida eterna* (II); *al resucitar nos dio nueva vida* (IV). Y transmitir que la eucaristía es alimento de inmortalidad, ya que Jesús resucitado invade nuestro interior transformándonos poco a poco a su imagen gloriosa cuya plenitud llegará al final de los tiempos.

* COMPARTIR NUESTROS BIENES

Los cristianos no somos personas individualistas sino que formamos parte de una comunidad. Por ello la vida de los unos tiene implicaciones sobre los otros. De tal modo que no podemos permitir que unos pasen estrecheces mientras otros viven en la abundancia. San Pablo nos lo recuerda en la lectura de la carta a los corintios. En estos momentos en los que vivimos una profunda crisis económica, este texto neotestamentario debe tener especial resonancia. Y quizá nos sirva para movilizar a nuestros feligreses en intensificar nuestra ayuda tanto económica como material (ropa, alimentos...) hacia aquellas personas más necesitadas de nuestra parroquia, pueblo o ciudad.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI